

Simone Weil

¿Una mística social o
lo social hace una mística?



- E N S A Y O -

Diplomado en Filosofía con Mención en
Mística y Humanismo
UARM (Universidad Antonio Ruiz Montoya)

RECONOCIMIENTO A SIMONE WEIL
EN EL AÑO CENTENARIO DE SU NATALICIO
03/02/1909 - 03/02/2009

Presentación: Teresa del Carmen Gallardo OP.
(Dominica del Ssmo. Nombre de Jesús)

- Argentina -

INDICE TEMÁTICO

1 – Introducción

1.1 - motivación en la elección del tema

1.2 - apuntes biográficos acerca de Simone Weil

2 – Itinerario espiritual de Simone Weil

2.1 - de las necesidades del alma a la necesidad de Dios

2.2 - de la necesidad de Dios al salto místico

3 - La mística del vaciamiento en sus obras claves

3.1 - La gravedad y la Gracia (Gustave Thibon)

3.2 - Espera de Dios (Joseph Marie Perrin OP.)

3.3 - la creación como vaciamiento de Dios

4 - El camino del descenso y muerte del yo

4.1 - la desdicha, camino de comunión

4.2 - la atención, la mirada, el silencio y la resistencia

5 - Conclusión

5.1 - el concepto de social se encarna en lo místico

5.2 - el significado del transitar en la vida de Simone Weil

1. – Introducción

1.1 Motivación en la elección del tema

Introducirme, desde Simone Weil en la perspectiva de lo socio-político para llegar a lo religioso-místico, es memoria y desafío a mi historia personal, pues, en ella lo socio-político está estrechamente ligado a la figura de mi padre, quien no sólo lo vivió con pasión, sino que lo testimonió con su vida hasta padecer la cárcel, legándome la certeza de cómo el *apasionamiento por la verdad y la justicia*, conduce al encuentro con Dios.

He visto en Simone, que en el escaso tiempo que vivió (34 años), descubre en lo socio-político una “mina de piedras preciosas”, cuyas vetas son inagotables, pues, están siempre abiertas al devenir de la historia, ya que lo social es lo que hace la historia traducida en política, que en ella y en otros, es carne de oprimidos y espíritu de liberados.

Una mujer contemporánea, donde la formación humanista que ostentaba, la conecta a través de la práctica, con los más vulnerables de su tiempo, los obreros de las fábricas y las víctimas de la 2da. Guerra mundial.

Una filósofa que deja las aulas y entra al mundo del trabajo, experimentando la confusión de pertenecer a la masa anónima, asumiendo en su vida la desdicha de los oprimidos; y parafraseando a Herman Hesse:

“A ella le sucede cierto día que tropieza con la realidad desnuda, arrancándola de su sueño que se llama yo, y contempla el rostro de la vida, su horrible y maravillosa grandeza, su inmensa plétora de dolor, aflicción, amor irredento y anhelo equivocado. Y responde a la vista del abismo con el único sacrificio omnivalente y definitivo, con el sacrificio de su propia persona...”¹

Es la conciencia de los que aman la verdad y la justicia, aún antes de buscarla, porque ya convive con ellos. En Simone me sentí expresada y espejada, ella llega desde lo humanista hasta la profecía, en la visión de *Otro mundo posible*.

No es una mera activista social, es un ser que comprende el hondo sentido de Humanidad que vibra en la vida, y por eso, todo sacrificio pequeño, adquiere valor y sentido.

En una palabra, se deja devorar por toda deficiencia, todo dolor, toda desnudez. Los antiguos decían: *Un hombre pierde la mitad de su alma el día en que se convierte en esclavo*; ella aprendió y comprendió la desdicha, al trabajar como obrera en una fábrica, sin embargo, se animó a saltar como en el cuento de Grimm “El sastrecillo valiente”, pues, *lo que no tiene alas, acaba siempre por caer*.

Simone, una mujer de visión filosófica, opone en un plano general, el fenómeno de los “partidos” a “la verdadera organización revolucionaria” que es el sindicato. Es desde allí, donde conoce la fuerza de ese compromiso y entiende que el orden social puede transformarse si hay una clase de hombres, para los cuales las ideas referentes a un mejor orden social pueden dejar de ser simples opiniones; son los hombres que producen, trabajan y se entregan.

Lo social es el gran peligro para el hombre, “el único objeto de idolatría, el único ersatz de Dios”². Frente al individuo, lo colectivo es el “gran animal” de que habla Platón en la República (Platón: *Rep.*, lib.VI), la fuerza que ciega, la pantalla entre el hombre y la realidad.

¹ H. Hesse 28/02/1950, carta a un joven.

² Weil, Simone, *La gravedad y la gracia*, pág. 225.

Desde muy joven, Simone se interesó por la política, y no sólo teóricamente. Su trabajo en organizaciones sindicales la conecta con el grupo de *La révolution prolétarienne*; luego como obrera en las fábricas; su decidida acción durante la guerra española, su empleo en una granja haciendo las tareas más rudas sin abandonar su estudio, su participación en la resistencia francesa; su actividad docente antes de la ocupación alemana; indican un compromiso político, en el cual, en medio de toda esa actividad conservó la libertad de espíritu más total, de tal manera que ningún partido, ningún grupo, puede reclamarla para él.

Su amor a la verdad le creó innumerables inconvenientes prácticos; pero, le dio una lucidez asombrosa, por eso, cuando piensa la noción de patria, exige todos los sacrificios, inclusive el de la vida; ella sentía esa urgente necesidad cuando redactaba el informe sobre la historia de Francia, ya que la idea de grandeza, sobre todo de la falsa grandeza; la que se enseña en las escuelas y que aparece en la literatura, puede justificar a Hitler o a cualquiera que utilice con eficacia la fuerza.

Cuando reflexiona y analiza sobre la categoría de la fuerza, Simone dice:

“La desgracia es un enorme prestigio cuando se le une la fuerza. La desgracia de los débiles sólo es objeto de atención porque nos causa repugnancia(...)No existe aquí abajo otra fuerza que no sea la fuerza. Esto podría servir de axioma. En cuanto a la fuerza que no es de este mundo, el contacto con ella no se puede comprar a un precio más bajo que el de pasar a través de una especie de muerte. No hay aquí abajo otra fuerza que no sea la fuerza, y es ella la que fortalece los sentimientos, incluso la compasión”.³

Desarrolla una coherencia de pensamiento en todos sus escritos, toda su experiencia va, desde el contacto despiadado de las máquinas y la injusticia social al contacto mucho más real con el Dios vivo. Con total generosidad buscó y asumió la cruz; su dolor la hace comulgar con sus compatriotas detenidos en la Francia ocupada. Renuncia a comer, ya que piensa que lo que ella no coma, será destinado a uno de ellos.

La experiencia de la vida lleva a veces también consigo la experiencia de morir, la *condición humana* nos acompaña siempre; es la consciencia de los contrarios de dolor, error y repulsión, frecuentemente agazapados en el subconsciente de nuestras vidas, lo que le hace dar el salto a la experiencia mística.

Simone, desde su experiencia de dolor, de ver la insostenible brutalidad de la opresión obrera y de las víctimas de la guerra, salta con una lúcida madurez al crepúsculo de la vida, donde el fruto del *ser* antes que del *hacer*, es la consciencia del *ser* como acto más que los resultados de la acción.

Es el gran consejo místico que trae la Bhagavad Gita y que entraña el Evangelio, la primacía del amor, como dice el texto del Evangelio de Mat. 25,31-40:

“Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estaba desnudo y me vestisteis, estuve en la cárcel y fuisteis a verme...y los justos le preguntarán ¿cuándo Señor te vimos hambriento, sediento, desnudo o en la cárcel...?y, El les responderá: cada vez que lo hicisteis con uno de mis hermanos menores, conmigo lo hicisteis...”

³ Weil, Simone, *L'Enracinement. Prélude à une déclaration des devoirs envers l'être humain*.

1.2 Apuntes biográficos acerca de Simone Weil

Nace en París, el 3 de febrero de 1909, de una familia judía agnóstica; su padre era un médico famoso y su hermano mayor, André, un matemático brillante y precoz. De pequeña solía enfermarse con frecuencia, manifestándose desde temprano un gran potencial intelectual. Se conmueve ante las situaciones adversas, privándose en una ocasión, hasta de las golosinas, al ver el infortunio de niños de su edad.

Es de prestar especial atención, su ser judía agnóstica, pues, contrariamente a lo que algunos han pretendido, no es la mejor exponente del pueblo judío como pueblo elegido por Dios, pues, ella misma confiesa no tener conciencia de tal privilegio, al menos explícitamente. Esta posición parece brotar de una tradición antijudía representada por los pensadores neo-humanistas.

La actitud de Weil hacia el judaísmo ha preocupado tanto a sus críticos como a sus admiradores. Sin embargo, en Simone Weil, se puede apelar a la teoría del inconsciente colectivo de Jung, como el sustrato que se ubica por debajo de lo inconsciente personal, para explicarnos la vinculación con lo *profundo*:

“Lo inconsciente colectivo es todo menos un sistema aislado y personal. Es objetividad, ancha como el mundo y abierta al mundo. Yo soy el objeto de todos los sujetos, en perfecta inversión de mi consciencia habitual, donde soy siempre sujeto que tiene objetos. Allí estoy en la más inmediata e íntima unión con el mundo, unido hasta tal punto que olvido demasiado fácilmente quien soy en realidad”. “Perdido en sí mismo” es una frase adecuada para designar ese estado. Pero ese “mismo” es el mundo, o un mundo cuando puede verlo una consciencia. Por eso, hay que *saber quién se es*”.⁴

Si debemos rendir homenaje a Simone Weil, es porque fue una mujer que resistió todos los embates del tiempo que le tocó vivir, negando su identidad judía, integrando esta respuesta en el contexto ideológico en el que creció. Es rebelde y mística a la vez, más aún, el deseo de vincularse con Dios y alcanzar una perfecta unidad con él, hablan de un intento de *alcanzar o llegar a los otros*, volviendo a la subjetividad de los compromisos sociales, en íntima unión con el mundo, y a la par, con la objetividad que es ancha como el mundo y abierta al mundo.

Al llegar a la adolescencia estudia con entusiasmo literatura y filosofía clásicas, pasa por prestigiosos liceos, donde recibe una fuerte cultura humanista de la mano de sus profesores René Le Senne y *Alain* (Émile Chartier), trabando con éste último una amistad duradera. Es en esta etapa de su vida, que se entusiasma con la lectura de los diálogos de Platón y también con Descartes, Kant y Spinoza, al mismo tiempo que se familiariza con la doctrina marxista.

A los 19 años ingresa, con la calificación más alta (seguida por Simone de Beauvoir) a la Ecole Normale Supérieure, graduándose a los 21 con notas brillantes, dando así comienzo a su carrera docente. En esta época comienzan sus agudos dolores de cabeza, que no la abandonarán jamás.

Si seguimos a Jung, en Simone Weil todo es un intento por *saber quién se es*, por eso desafía a su entorno, con los estudios apasionados y críticos de la doctrina marxista, que le acarrearán notoriedad, llegando a ser apodada la *virgen roja*, según un diario conservador de la época.

Es una joven que, con 23 años, encabeza una protesta de obreros desempleados, combinando su

⁴ C.G. Jung, *Los arquetipos y lo inconsciente colectivo. Sobre los arquetipos de lo inconsciente colectivo*, 21, págs. 46-45.

preocupación social con la pureza por la verdad. No tiene, sin embargo, convicciones religiosas. Es descrita por T. S. Eliot con estas palabras:

“Amó de verdad el orden y la jerarquía, más que muchos de los que se llaman a sí mismos conservadores, y al mismo tiempo amó de verdad al pueblo más que muchos de los que se llaman a sí mismos socialistas”.⁵

Y, Simone de Beauvoir, en uno de sus escritos autobiográficos comenta sobre ella:

“Me intrigaba por su gran reputación de mujer inteligente y audaz. Por ese tiempo, una terrible hambruna había devastado China y me contaron que cuando ella escuchó la noticia, lloró. Estas lágrimas motivaron mi respeto, mucho más que sus dones como filósofa. Envidiaba un corazón capaz de latir a través del universo entero”.

A raíz de su protesta junto a los obreros, es trasladada al liceo de señoritas de Auxerre, y es durante estos años que desarrolla su pensamiento social y político en relación con el trabajo y la condición de opresión de los obreros, siguiendo la fuerte impronta marxista que ha recibido en su educación. Organiza – aparte de sus clases – cursos destinados a educar y concientizar a los obreros. Cree que una revolución bien preparada con conciencia, puede liberar a los obreros de su opresión y humillación.

Por sus audaces actividades, en 1933 es trasladada nuevamente hacia el liceo Roanne, y luego, años más tarde a Bourges y Saint-Quentin. Al finalizar ese año, se encuentra con Trotsky en París, con quien polemiza sobre el marxismo, la situación socio-política rusa y el pensamiento estalinista. A los 25 años pide una licencia y va a trabajar durante más de un año, junto a los obreros como operaria manual en varias fábricas (Renault entre ellas), sostiene que no puede hablar del trabajo y de la condición obrera como intelectual, sin haber experimentado ella misma, la situación concreta de la opresión a la que se somete el trabajador todos los días.

Escribe más tarde: *Allí recibí la marca del esclavo*. Se acrecientan sus sufrimientos físicos, el dolor de cabeza se intensifica debido al fuerte ruido de las máquinas, lo cual la conduce a perder fuerza física, determinando su despido a fines de 1935 a raíz de su bajo nivel de producción. Fruto de esta dura experiencia resulta *Ensayos sobre la condición obrera*.

El trabajo fabril durante un año se convierte en una experiencia decisiva en la vida de Simone, dando comienzo a una etapa difícil en su vida, marcada por el desánimo y la angustia. Sus padres, la llevan a Portugal, en unas breves vacaciones, para intentar recuperar su salud. Es allí donde presencia una procesión católica popular, en una aldea pobre, a orillas del mar, expresando:

“tuve de pronto la certeza de que el cristianismo es por excelencia la religión de los esclavos, que los esclavos no podían dejar de seguirla...y yo entre ellos”.

Nuevamente la teoría de lo inconsciente colectivo, nos ayuda a comprender a Simone cuando experimenta la esclavitud, pues, al sostener Jung, que existe un lenguaje común a los seres humanos de todos los tiempos y lugares del mundo, la entronca con los pueblos de la antigüedad que habían sido sometidos por el uso de la fuerza, tanto en el mundo romano, como en el judío. La noción de fuerza, y no la de necesidad, constituye la clave que permite leer los fenómenos sociales. Lo inconsciente, constituido por símbolos primitivos con los que se expresa un contenido de la psiquis (que está más allá de la razón), aflora en Simone desde su experiencia de esclavitud, haciéndola solidaria con los que padecen tal esclavitud.

⁵ T. S. Eliot, *The Need for Roots*, London 1952, p. viii.

En 1936, retoma la docencia en institutos, pero su precaria salud le impide continuar y vuelve a solicitar licencia por un año. Participa de la Guerra Civil Española, junto a grupos anarquistas. Se desempeña como periodista voluntaria en Barcelona y se incorpora al combate armado en Aragón. Un accidente le obliga regresar a Francia, quedándole de la guerra el sentimiento de horror por la brutalidad y el desprecio por la verdad y el bien, por ambas partes; y, a posteriori, la amistad con otro escritor francés, George Bernanos, que había participado en el otro bando.

Considera Simone, que también el vencedor que parece *justo* recurre al ejercicio del poder y se regocija en el sometimiento y humillación del otro. Esto le impulsa a estudiar en la historia los casos en los cuales los pueblos quedan sujetos al dominio de otros más fuertes. Se interesa en las civilizaciones antiguas que se habían mostrado pacíficas y respetuosas de la vida.

Encuentra también que otras, como la griega, la romana o la judía de la cual ella descende, son ejemplos históricos de aquel instinto gregario del hombre hacia la colectividad por el que se oprime al prójimo y se elude la responsabilidad individual. Simone constata con amargura que la fuerza social es amiga de la mentira.

En 1937, visita Italia, y en la capilla de Santa María de los Ángeles, en Asís, se siente impulsada a arrodillarse, por primera vez en su vida. Por esa época, interesada en el cristianismo se dedica a estudiar la vida de pensadores y mártires cristianos. Le impresiona sobremanera la vida de san Francisco de Asís, por la pureza de vida que ha practicado.

Mientras tanto su salud empeora, los dolores de cabeza son agudos y continuos. En la pascua de 1938, asiste a los oficios religiosos en la abadía de Solesmes. Sus pensamientos son ocupados por el cristianismo, teniendo en esa oportunidad una experiencia mística, a la que prefiere resistir. Encuentra resonancias cristianas en Homero, Platón, el Bhagavat-Gita, dando lugar en sus reflexiones a un tema que será escrito más tarde, y publicado por su amigo, el dominico Joseph Marie Perrin, con el título de *Intuiciones pre-cristianas*.

Rastrea en ellas el espíritu religioso de las grandes tragedias de la antigüedad, de los poemas órficos, de algunos pasajes bíblicos y otros pitagóricos, y de las maravillosas invenciones científicas de los griegos como si fueran el precedente del clima espiritual que instaura el cristianismo en lo relativo a la relación de los hombres con Dios.

En setiembre de 1939 se declara la 2da. Guerra Mundial, y el presentimiento del horror de la guerra obliga a Simone a retornar a París. Escribe reflexiones sobre los orígenes del hitlerismo y en *La Ilíada* o el poema de la fuerza, expresa:

“El verdadero héroe, el verdadero tema, el centro de la *Ilíada*, es la fuerza. La fuerza manejada por los hombres, la fuerza que somete a los hombres, la fuerza ante la que se retrae la carne de los hombres... La fuerza es lo que hace una cosa de cualquiera que le esté sometido”.

Consecuentemente, entiende que la injusticia es el resultado del desequilibrio de fuerzas a través del cual los más fuertes oprimen a los más débiles. Por eso, actuar en nombre de la justicia es restablecer el equilibrio de fuerzas.

Sus escritos se difunden en diversas revistas, redactadas a raíz del asombro, frente a la inexplicable irracionalidad de la guerra alemana.

Un año más tarde, Hitler invade el norte de Francia, comenzando una verdadera tragedia para el pueblo francés, y de modo particular para los judíos. La dirigencia francesa se rinde frente a los

alemanes, y Simone con su familia, deciden trasladarse a Vichy. Allí, se le niega todo cargo docente a raíz de la política anti-judía, y ante la insostenible situación de los de su raza, cede a los ruegos de su familia, abandonando el lugar y partiendo para Marsella en octubre de 1940.

Conoce al sacerdote dominico Joseph Marie Perrin, quien la ayuda a encontrar trabajo manual en la granja de Gustave Thibon, escritor católico; marcando así esta etapa de su vida, por una intensa renovación espiritual. Perrin, es un fiel interlocutor para canalizar sus inquietudes del espíritu, aunque ella se resiste a la propuesta de ingresar a la Iglesia católica, ya que sería una traición a su aspiración universalista de corresponder a todas las tradiciones del pensamiento.

Testimonio de ello, son las cartas que Simone le escribe, hoy reunidas junto a otros escritos en la obra compilada *Espera de Dios*.

Con Thibon, pese a un comienzo difícil:

“los primeros contactos fueron penosos, no coincidíamos en casi nada...yo tenía que armarme de paciencia y cortesía”, dirá él más tarde, se entabla una amistad breve, pero importante; a él confiará ella sus libros de notas, antes de partir en mayo de 1942 a Nueva York, con su familia.

Entre 1941 y mediados de 1942, Simone escribe gran cantidad de artículos acerca de la filosofía cristiana (San Juan de la Cruz especialmente), la literatura griega, la ciencia moderna y sus últimos desarrollos técnicos, sobre la matemática, sobre cuestiones de didáctica, etc..

Durante estos dos años, es cuando más escribe acerca de su pensamiento teológico-místico. Thibon, por su parte, será uno de sus más fervientes admiradores. Editando a su muerte una compilación de sus notas en *La gravedad y la Gracia*, dice:

“nunca he dejado de creer en ella...” “...no he encontrado jamás en un ser humano semejante familiaridad con los misterios religiosos; jamás la palabra *sobrenatural* me ha parecido tan llena de sentido como a su contacto”,

Simone, no había podido dejar de responder con absoluta coherencia a su vocación de filósofa. La última frase encontrada en sus cuadernos es:

“Lo más importante de la instrucción = enseñar lo que es conocer (en sentido científico)”.

Su vida y su obra, estuvo marcada por la preocupación de encontrar un modo de enfrentar el problema del dolor. Su transparencia, su sinceridad espiritual, su inquebrantable determinación fueron esfuerzos por mantener un valor que ella llamaba probidad intelectual, su fidelidad hacia una verdad indeterminable, que quizás vislumbraba en la intervención de la gracia.

Uno de los deseos más fervientes de Simone Weil era el anonimato, no siempre es posible tal cosa para la auténtica grandeza, pues:

“el ser humano tiene muchas necesidades; una de ellas, quizás no siempre recordada, es la de buscar el sentido de su existencia. Por eso aparecen las grandes preguntas que en el campo de la Filosofía se expresan como: ¿Por qué y para qué estoy aquí? ¿Qué debo hacer? Y “si hago lo que debo hacer, ¿qué me está permitido esperar?...”⁶

Simone, en su paso por este mundo asumió las necesidades de su ser, buscó y encontró el sentido de su existencia, y se permitió esperar. En esa *Espera de Dios*, lo encontró dentro, vivió la experiencia desde lo más hondo de su corazón, como afirman las Escrituras y tantos místicos

⁶ Valentié, María Eugenia, *El sentido de la vida*, LA GACETA Literaria, Tucumán, 07/10/07.

repiten. Tal, como Angelus Silesius escribió poéticamente, formulando una imagen corriente:

“Aunque mil veces en Bethlehem, pero no en ti,
hubiese Cristo nacido, eternamente quedarías perdido”.

Desde Nueva York, trata de unirse al movimiento de resistencia; viaja a Londres el 10 de noviembre encargada de una misión por el gobierno provisional francés e intenta regresar a Francia como combatiente, pero sólo logra un puesto en la organización Francia Libre, donde redacta informes. Simone, en su intento de reafirmar el principio de *debilidad* a la noción de fuerza elabora un proyecto, la formación de un cuerpo de enfermeras de la línea de combate; implica un *sacrificio ejemplar* de la vida, por parte de *mujeres* que puedan dar pruebas de un coraje amoroso. Dichas mujeres debían estar dispuestas a correr todos los riesgos de los soldados de la línea de combate *sin estar sostenidas por el espíritu ofensivo*. En eso consistía la significación del proyecto, la oposición simbólica y real de la *humanidad* con la *barbarie*.

En abril de 1943, se le diagnostica tuberculosis; en el hospital donde es internada se niega a consumir alimentos que su estado requerían, y muere el 24 de agosto a los 34 años en Ashford, siendo sepultada en Kent. Su vida y su obra resumen la experiencia como don, el don de la Vida. Experiencia predominantemente femenina, pues, el dato es recibido, es acogido, se *sufre*, y luego es transformado. El alma debe dar su consentimiento a Dios para que esa transformación sea realizada. Simone así lo ha entendido, por eso, pudo ser transformada.

2. - Itinerario espiritual de Simone Weil

2.1 de las necesidades del alma a la necesidad de Dios

Londres, 1943, lugar de resistencia de ese grupo de franceses que rodeaban a Charles de Gaulle, momento histórico que da lugar a los escritos para el gobierno francés en el exilio, allí escribe Simone Weil. En ellos, refleja los principios incondicionados y eternos que constituyen nuestras obligaciones hacia el ser humano, concluyendo con un análisis de la época que le toca vivir, en relación con una de esas necesidades, el *desarraigo*. Todo este material, dará lugar al libro titulado *Raíces del existir*, donde Simone expresa:

“Nadie piensa que sea inocente un hombre que, teniendo alimentos en abundancia y encontrando en su puerta a alguien casi muerto de hambre pasa sin darle nada” (pág. 22).

Estas necesidades son obvias para la dignidad y subsistencia del hombre, pero hay otras, que a menudo se olvidan, igualmente imperiosas, aunque sea más difícil discernirlas, porque no se relacionan con la vida física sino con el alma del hombre, por ejemplo: la libertad, la verdad, el orden, el riesgo, la igualdad, la jerarquía. *Necesidades* que engendran obligaciones eternas que tienen por objeto al hombre y las sociedades a quienes no corresponde un destino eterno.

No se refieren directamente al destino eterno del hombre, a ese comercio secreto entre el alma y Dios, que ninguna influencia exterior puede perturbar ni puede, en realidad, alcanzar, sino a la plenitud de vida aquí abajo:

“Es necesario eliminar tanto como se pueda el sufrimiento de la vida social, pues el sufrimiento sólo sirve a la gracia y la sociedad no es una sociedad de elegidos. Siempre habrá suficiente sufrimiento para los elegidos”.⁷

⁷ Weil, Simone, *La gravedad y la gracia*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires 1953, pág. 223.

“La *necesidad de verdad* es más sagrada que ninguna otra. Sin embargo jamás se la menciona”.⁸ Esta necesidad puesta en el corazón de Simone, nos adentra en otra perspectiva, la visión secular que es tan sagrada como cualquier otra visión estrictamente llamada *religiosa*.

Esta secularidad ve el *saeculum*, el siglo, la realidad material y por tanto espacio-temporal como realidad última y definitiva - y por tanto misteriosa, infinita, esto es, sagrada y, religiosa, puesto que las instituciones religiosas no tienen el monopolio de la religión.

“Todo aquel que ha vivido según el logos es cristiano, aunque se le considere ateo”, escribió el primer *filósofo cristiano*, el mártir san Justino en el siglo II. En este contexto se inscribe esta necesidad de verdad que Simone Weil proclama, al expresar:

“Para garantizar la objetividad... v.g.: de los jueces, la única garantía, fuera de su independencia total, es que provengan de medios sociales muy diferentes, que estén naturalmente dotados de una inteligencia amplia, clara y precisa, y que se hayan formado en una escuela donde reciban una educación no jurídica sino ante todo espiritual, y en segundo lugar intelectual. Es necesario que allí se acostumbren a *amar la verdad*. No hay ninguna posibilidad de satisfacer en un pueblo la necesidad de verdad si no se puede encontrar a este efecto, hombres *que amen la verdad*”.⁹

En Londres, durante los últimos meses de su vida, Simone Weil le escribía a su antiguo camarada Maurice Schumann:

“...Su comprensión se expresa mediante elogios totalmente inadecuados con respecto a mí...El hecho de que a propósito del pensamiento puedan emplearse palabras como superioridad e inferioridad muestra hasta qué punto respiramos una atmósfera podrida...Una comida no se compara, se come. Del mismo modo, las palabras escritas o pronunciadas se comen en la medida en que son comestibles, es decir, en tanto que *contengan la verdad*. No tienen otro destino”.¹⁰

La necesidad de verdad se entronca con la *necesidad de libertad*, y ésta sólo se desarrolla en la medida que experimenta la *necesidad de Dios*. De ahí, que Simone se desafíe a encontrar en Dios el modo de ser verdadera, *ella misma*, en pleno uso de su condición de humanista y de filósofa. Por eso, sostiene que:

“la libertad de expresión total e ilimitada de toda opinión, cualquiera que sea, sin ninguna restricción ni reserva, es para la inteligencia una necesidad absoluta. Por tanto es una *necesidad del alma*, pues cuando la inteligencia no se siente bien, toda el alma está enferma”.¹¹

La salud del alma, para Simone se expresa en funciones alternativas, en la primera es sierva, en la segunda es destructora y debe ser silenciada en el instante mismo de su aparición, y cuando actúa sola y separada, exige disponer de soberana libertad, porque de lo contrario al ser humano le falta algo esencial. Esta constatación en el disponer de absoluta libertad, trae la concepción del hombre como un *todo* formado por cuerpo, alma y espíritu. Hay un camino, Simone intenta realizarlo, el de superar las necesidades del alma, superar las carencias, el deseo que lleva a un esfuerzo que hacer, que es con mucho el más duro de todos, no pertenece al terreno de la acción.

⁸ Weil, Simone, *Raíces del existir*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, pág. 52.

⁹ Weil, Simone, *Raíces del existir- Las necesidades del alma*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, pág. 55.

¹⁰ Fiori, Gabriela, *Simone Weil- Una mujer absoluta*, Editorial Adriana Hidalgo, 2006, pág. 9.

¹¹ Weil, Simone, *Raíces del existir- Las necesidades del alma*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1954, págs. 38/39.

Consiste en mantener la mirada orientada hacia Dios, volver a dirigirla a Él cuando se aparta, aplicarla en cada instante con toda la intensidad de que se es capaz.

La frase de Pascal: *No me buscarías si no me hubieras encontrado*, no es para ella la verdadera expresión de las relaciones entre el hombre y Dios; es Platón el más profundo, cuando habla de *apartarse de lo transitorio con todo el alma*. El hombre no tiene que buscar, ni siquiera tiene que creer en Dios. Debe solamente negar su amor a todo cuanto es distinto de Dios, requiriendo para ello, plena libertad. Ésta es la actitud de Simone Weil.

Entonces, la necesidad de Dios se torna vital, hace a la experiencia plena de la Vida. La vida, tal como es, no resulta soportable a los hombres más que por la mentira. Quienes rechazan la mentira y, sin rebelarse contra el destino, prefieren saber que la vida es intolerable, acaban por recibir desde afuera, desde un lugar situado fuera del tiempo, algo que permite aceptar la vida como es. *Nada hay puro en el mundo salvo los objetos y los textos sagrados*, dice Simone, también, *los seres humanos en los que Dios habita y las obras de arte surgidas de la inspiración divina, más la belleza de la naturaleza*. Por eso, es necesario un simbolismo que permita leer las verdades divinas en las circunstancias de la vida cotidiana y del trabajo.

Ese simbolismo, lo descubre Simone, en las parábolas del Evangelio, pues, hay analogía entre las relaciones mecánicas que constituyen el orden del mundo sensible y las verdades divinas. Lo esencial, pues, será saber que se tiene *hambre de Dios*; eso no es una creencia, es un conocimiento completamente cierto que no puede ser oscurecido más que por la mentira. El mal que hay en el hombre, sólo puede verse disminuido por la mirada dirigida hacia una cosa perfectamente pura. Basta sólo con esperar y llamar. Simone, nuevamente se dispone *esperar a Dios*, porque el conocimiento esencial en lo que a Dios atañe, es que Dios es el Bien.

Todo lo demás es secundario. Por eso, la inteligencia tiene un papel a la hora de preparar el consentimiento nupcial a Dios. Es mirar el mal que uno lleva en sí mismo y odiarlo. Esto es verdaderamente llevar la Cruz. El tiempo es la Cruz.

2.2 de la necesidad de Dios al salto místico

Simone Weil como humana, no es ciudadana de dos mundos. Su experiencia de vida la hace consciente de las distinciones, sin fragmentar su ser humano. Ella sabe que el intelecto solo no puede comprenderlo todo, que el amor solo tampoco lo consigue todo, hace falta dar otro salto, el salto místico. No sólo no se conoce la realidad si no se la ama, sino que no se la ama si no se la conoce. Es entonces cuando se descubre el núcleo amoroso de todo lo real.

En términos cristianos el amor a Dios y el amor al prójimo es el mismo amor – y el prójimo no es sólo su alma, es también su cuerpo. La mística experimenta que no *son* dos amores: es el amor *advaita*, a-dual. Simone lo ha constatado, trabajando en las fábricas, en el fragor de la guerra española, o en comunión con las víctimas del genocidio alemán.

Esto es un punto crucial en el que la distinción entre el discurso *sobre* la mística y *experiencia* mística es relevante. No hay mística sin conocimiento, como no hay mística sin amor, ni éste existe sin la acción. Simone, se siente habitada por una doble fuerza, la que la impulsa hacia fuera de sí, hacia la Belleza que brilla desde fuera, y un dinamismo que la impulsa hacia el interior aspirado por la Verdad que ha de descubrir en sí misma.

La sabiduría será la armonía entre la atracción de la Belleza y la aspiración a la Verdad. En el centro se encuentra el Bien, que es bello y vero al mismo tiempo, como ya lo vieron los griegos.

Cada ser es único y por lo tanto incomparable, sólo puede hacerse la comparación desde afuera (fuerza, peso, utilidad...), constatando, que para amarlo hay que descubrir la unicidad de cada ser, y que para amarlo hay que relacionarlo con nosotros y con el Todo.

Simone no se deja aprisionar por ninguna circunstancia externa, no ontologiza ninguna ley y por tanto actúa y vive con plena libertad. Sufre por la injusticia e intenta repararla, pero no se desespera; se involucra en los asuntos humanos casi jugando, aunque el juego sea *a vida o muerte*; es realista no relativista.

No puede negar ni la audacia ni la peligrosidad del camino emprendido, por eso cultiva la pureza de corazón: *los puros de corazón verán a Dios* (Mt.5, 8)

Cuando Platón propuso que los filósofos debían gobernar la *cosa pública*, estaba defendiendo que los verdaderos filósofos, aquellos hombres que no hubieran escindido el conocimiento del amor (y viceversa), eran los prudentes, misericordiosos y sabios, capaces de resistir la tentación del poder porque amaban, y de superar la debilidad del egoísmo, porque conocían; preconizaba al hombre completo. Simone Weil, filósofa de honda raíz platónica encarna de modo particular esta idea platónica. La función política de la mística, consiste en desbancar el utilitarismo a todos los niveles, como nos muestra el famoso soneto, atribuido a santa Teresa:

“No me mueve, mi Dios para quererte
el cielo que me tienes prometido:
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.
(...)
No tienes que me dar porque te quiera;
pues, aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Simone Weil, ha dado el salto místico, al salir de sí y entregarse sosegadamente, no es insensible a la injusticia ni al sufrimiento, sólo vive el sentido *tempiterno* de la acción.¹²

3 - La mística del vaciamiento en sus obras claves

3.1 La gravedad y la Gracia (Gustave Thibon)

El movimiento gravitatorio es, en esta obra, el núcleo de eternidad que tiene lo transitorio en todas las cosas de este mundo: trabajo, estudio, reflexión, etc. Cuando alguien se deja llevar, se produce el *salto de gracia*. La correspondencia entre pensamiento y acción y la voluntad de expresar la realidad sin evasiones, definen lo más genuino de la escritura weiliana; por eso, en este libro, su estilo de *ver* la realidad de todas las cosas, aparece al desnudo.

El reinado de las dos fuerzas: luz y gravedad, serán la constante que atraviesa su obra, constata, que lo que esperamos de los demás viene determinado por los efectos de la gravedad en nosotros mismos; y lo que recibimos de ellos viene determinado por los efectos de la gravedad en ellos. Es decir, la percepción que tengo del otro se reduce a su relación conmigo, y expresa:

“...en determinados momentos de mis dolores de cabeza, cuando se agudizaba la crisis, me entraba un deseo intenso de hacer sufrir a otro ser humano golpeándolo precisamente en el mismo lugar de la frente. Deseos análogos, muy frecuentes en los hombres”¹³.

¹² Panikkar, Raimon, *De la Mística- Experiencia plena de la Vida*, Editorial Herder, 2008, p. 31.

Lo entiende como una obediencia a la gravedad, que se manifiesta en la bajeza, donde lo bajo y lo superficial están a una misma altura. Al concluir su experiencia en las fábricas, evaluó lo que significó para ella vivir como obrera, del miedo constante que le producían las órdenes; la brutalidad de otros seres humanos que no vivían fraternalmente, sino imponiendo la crueldad y la opresión. Pues, cuando las órdenes se dan de una cierta manera, *humillan*.

Para Simone lo principal no es el sufrimiento, sino la humillación, el sentimiento de la dignidad personal rota, de forma que es necesario reconstruir otra. En esa reconstrucción, debe dirigirse hacia algo que no sea ella misma, se trata de liberarse de uno mismo. Reconoce, que el hombre tiene en su exterior la fuente de la energía moral, como ocurre con su energía física (alimento, respiración). Contrapone la física del alma, a la fuerza de las necesidades humanas. La gracia es la ley del movimiento descendente.

Todos los defectos son iguales, por eso, *no juzgar*, pues hay un único defecto: carecer de la facultad de alimentarse de luz. La creación está hecha del movimiento descendente de la gravedad, y del movimiento ascendente de la gracia a la segunda potencia. Rebajarse es subir con respecto a la gravedad moral. La gravedad moral hace que caigamos hacia lo alto.

Únicamente manteniéndonos en el *vacío*, en el desequilibrio natural, es posible que lo imposible suceda. Un equilibrio de orden superior, sobrenatural, colma de luz el vacío: *la gracia*. Reflexionando sobre el vacío y la compensación, escribe:

“es imposible perdonar a quien nos ha hecho daño, si ese daño nos ha rebajado. Mejor pensar que no nos ha rebajado, sino que ha elevado nuestro verdadero rango”.

Simone se enfrenta con un tema clave, el vacío producido por el límite, la herida no cicatrizada del que ha sido dañado, la búsqueda de venganza como deseo de equilibrio esencial; y da un salto *fuera de sí*, hay que buscar el equilibrio en otro plano, ¿cuál?, el de tener fuerzas a través de otro alimento, el del pan espiritual. Comprender (en cada caso), que hay un límite y que no se rebasará (o casi) sin ayuda sobrenatural, pagando el precio de un terrible rebajamiento. No ejercer todo el poder de que se dispone es soportar el vacío.

Ello va en contra de todas las leyes de la naturaleza; sólo la gracia lo puede conseguir. La gracia colma, pero no puede entrar más que allí donde hay un vacío para recibirla, y es ella quien hace ese vacío. Aceptar un vacío en sí mismo es sobrenatural.

El desasimiento total es el camino de “Subida al Monte Carmelo”, por eso, san Juan de la Cruz habla de *ir a Él por negación de todo* (Noche Oscura, Verso 8), es decir, si se niega todo, no queda nada, se hace el vacío, se entra en *la noche oscura*. Simone lo ha comprendido. Quien desciende realmente es Dios y quien parece descender respecto de la gravedad moral es *el iluminado*, aún cuando éste ascienda realmente (es decir, desciende sin gravedad).

Amar la verdad, para Simone, significa soportar el vacío y, por consiguiente es, aceptar la muerte. La verdad, se halla del lado de la muerte, en este sentido filosofar es aprender a morir. Anhelar sin objeto: *renunciar a todo cuanto no sea la gracia, y no desear la gracia* (pág. 63).

Soportar el vacío por un momento, tiene dos alternativas, obtener el pan sobrenatural o, en su defecto, caer; en ambas está gravitando la inexorable ley de la caída. En la primera, caer para subir, en la segunda, caer y ser inevitablemente arrastrado por el lodo que todo lo envuelve.

¹³ Weil, Simone, *La gravedad y la gracia*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires 1953, pág. 54.

Parece empeñarse en compartir con el poeta y místico carmelita el camino de la muerte del *yo*. Entiende que el desapego total no se alcanza sólo con la desgracia, pues, es necesario un desapego sin consuelo. Sólo así desciende el consuelo de Dios.

Renunciar al tiempo, desear sin objeto, es ponerse en camino de la muerte del *yo*. Ya que nada poseemos en el mundo, salvo el poder decir *yo*. Eso es lo que hay que entregar a Dios, o sea destruirlo y ofrecerlo en holocausto. Será un dolor redentor; el padecimiento posee la plenitud del ser, es la pureza, la perfección, la plenitud, el abismo del padecimiento. La muerte del *yo* es un acto de *descreación*, de vacío, implica la ofrenda de aquello que recibimos: la existencia propia de cada cual. Nos vaciamos de gravedad.

La angustia de la desgracia extrema es la destrucción *exterior* del *yo*. Simone recuerda a personajes de la *Ilíada*, como Licaón, postrándose ante Aquiles (*Ilíada XXI*, 64-74). La humildad, consiste entonces, en saber que en lo que se denomina "*yo*" no hay ninguna fuente de energía que permita elevarse. La gracia implica un proceso de transustanciación de energía. Es preciso *desarraigarse*. Talar el árbol y hacer con él una cruz, para luego llevarla todos los días. También la santidad debe, pues, ocultarse, ocultarse en cierta medida a la consciencia. Y debe hacerlo dentro del mundo. Dios le ha dado el ser para que se lo devuelva.

El estricto cumplimiento del deber simplemente humano, es condición para poder retirarse. Con tan sólo saber desaparecer, se daría una perfecta unión amorosa entre Dios y la tierra... No importa la energía o dones que tenga, bastante tiene con desaparecer. Su reconocimiento de Dios, lo expresa al decir: *Dios se vuelve necesidad*, ejercida y padecida. Sol y cruz. La obediencia se torna en virtud suprema, amar la necesidad. Actuar no *para* un fin determinado sino *por* una necesidad. Trasladar fuera de uno los móviles de sus propias acciones. Ser empujado. El bien operado de ese modo, casi a pesar de uno, casi con vergüenza y remordimiento, es puro. Todo bien absolutamente puro escapa por completo a la voluntad. El bien es trascendente. Dios es el Bien.

No hay que socorrer al prójimo *por* Cristo, sino *con* Cristo. El fruto del *ser* antes que del *hacer*, como decíamos más arriba; experiencia plena de la vida, experiencia del crepúsculo maduro. Sólo lo que viene de afuera, por sorpresa, graciosamente, sin haber sido buscado, es júbilo puro.

Una criatura que llega a la perfecta obediencia constituye un modo singular, único e irremplazable, de presencia, de conocimiento y de actuación de Dios en el mundo. Cristo, el obediente por excelencia, en el centro culminante de la Pasión, deja todo a Dios, produciendo así la plenitud de la pureza. Ha actuado como esclavo, contemplando con amor.

En la vida espiritual, la ilusión y la verdad se distinguen de la misma manera. La humildad, tiene por objeto la abolición de lo imaginario en el progreso espiritual. Un criterio para lo real, es que es duro y rugoso. Se encuentra algunas alegrías en ello, pero no placer. Lo que es agradable es ensoñación. Simone, llega así a una perfecta distinción del proceso de muerte del *yo*, haciendo de su experiencia personal el camino para el descenso y vacío del *yo*, y de la gracia, el medio necesario para llenar ese vacío y así elevarse a Dios.

3.2 Espera de Dios (Joseph Marie Perrin OP.)

La amistad generada con el padre Joseph Marie Perrin, se inscribe en el contexto del deseo de tratar lo sobrenatural, como medio para transformar la energía, colmando el vacío procurado mediante un movimiento descendente, es decir, mediante un cese de energía propia. Esa espera

la conforma como una creyente, que si bien no se representa eventuales encuentros en la otra vida, honra la amistad con Perrin, diciéndole en una de sus cartas:

Basta para mi amistad que usted exista, agregando al final de la misma: *Y es imposible pensar en usted sin pensar en Dios*, es decir, el carácter sagrado del otro (como persona), la introduce en el ámbito de lo sobrenatural.

El dilema para Simone, será entrar en la Iglesia, oficialmente por el bautismo, como le propone Perrin, pues, esto le implica separarse de la masa inmensa y desdichada de los no creyentes. Lo experimenta como una necesidad esencial; desea conocerlos para amarlos tales como son, encontrando *su vocación*, de pasar entre los hombres, confundiendo con ellos.

Un amor que revela nuevamente, lo sagrado del otro, todo ser humano constituye un canal de comunicación entre el creador y lo creado. La percepción que tiene del otro, se reduce pues, a su relación con ella. Se define a sí misma como alguien que ama a Dios, a Cristo, y a la fe católica, tanto como su condición miserable puede hacerlo; pero, reconoce que no tiene grado alguno de amor por la Iglesia propiamente dicha, fuera de su relación con esas cosas que ama. Afirmando que no excluye la posibilidad de ingresar en la misma, si algún día sintiera el impulso irresistible de hacerlo; pues, el curso de la gracia en los corazones es secreto y silencioso.

No le preocupa mayormente esta cuestión, sí reconoce que su asunto es pensar en Dios, y es Dios quien debe pensar en ella. La Iglesia como tal, le produce miedo, en tanto cosa social; miedo de ese patriotismo que existe en los medios católicos, entendiendo como social los sentimientos colectivos.

A propósito de su partida, escribe que lo hace con angustia, aunque la decisión de no hacerlo sería un acto de voluntad propia, lo que contraría su mayor deseo, el perder no sólo toda voluntad, sino todo ser propio. Se abandona a lo que considera buen puerto, es decir, la cruz. Esta bellísima expresión *buen puerto - la cruz*, nos devela a Simone Weil, como la mística que alcanza el grado de los *iluminados*. Ha comprendido, que el Cristo a quien ama, se revela amando a Dios, cuando por obediencia acepta la Cruz.

El adoptar como única actitud posible la cristiana, la coloca en una perspectiva no sólo creyente, sino escatológica. Lo confirma en su Autobiografía Espiritual, cuando expresa que se ha prohibido a sí misma pensar en una vida futura, aunque siempre ha creído que el instante de la muerte es la norma y el objeto de la vida. Lo ve como el instante en que por una fracción infinitesimal de tiempo, la verdad pura, desnuda, indubitable, eterna, penetra en el alma, diciendo que jamás ha deseado otro bien para ella, por eso, prefería morir, a vivir sin ella.

Bajo el nombre de verdad también está la belleza, la virtud y toda especie de bien. Es la claridad de los *iluminados*, fieles a la promesa del Señor, cuando dice:

“Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura” (Mt. 6,33)

Simone, no sólo ha buscado el reinado de lo divino, acudiendo y esperando la gracia, sino que ha querido para los oprimidos la justicia tan largamente esperada; ella ha recibido las añadiduras de Dios (que no son poca cosa), porque su vocación ha sido *estar junto al lado de los que sufren la desdicha*, los oprimidos y esclavizados, siendo este impulso, manifiestamente distinto de los que proceden de la sensibilidad o la razón, concibiendo así la obediencia a Dios.

Reconoce su espíritu de pobreza, recordando que siempre ha estado en ella, a pesar de su debilidad, compatible con su imperfección. En todo está su noción cristiana de caridad al

prójimo, dándole el nombre de justicia, como lo exponemos más arriba.

Aceptar la voluntad de Dios, constituyó en ella, el primer y más necesario de todos sus impulsos, aquel que no se puede abandonar sin deshonorarse.

También, se apoderó de manera irresistible, desde adolescente, la noción de pureza, una pureza que aparece en la contemplación de la naturaleza, y se torna irresistible. Concluye, que su concepción de la vida era cristiana; por eso jamás se le ocurrió que debía entrar en el cristianismo. Una reflexión filosófica y teológica de envergadura genial, pues, refrenda con su pensamiento lo que la gracia obró en ella, su experiencia plena de vida, ya que

“Cristo mismo descendió y se apoderó de ella” (pág. 34)

Sólo los capaces de tan sutil modo de *ver*, son los que comprenden que no se puede resistir a Dios si se lo hace por puro anhelo de verdad. Simone Weil escribe:

“Cristo ama al que prefiere la verdad, pues antes de ser Cristo, es la Verdad. Si uno se aleja de Él para ir hacia la verdad, no se irá muy lejos sin caer en sus brazos” (pág. 35).

Recuerda lo que le significó rezar el Padrenuestro, cómo lo repetía a menudo cuando trabajaba en la vendimia; reconoce que tal práctica es extraordinaria y sorprendente, ya que cada vez que lo rezaba sobrepasaba a lo que *esperaba*, pues, en este momento o en otros, *Cristo está presente en persona* (pág.37) Podemos decir con la filósofa y primer traductora de Simone en Argentina:

“...El hombre religioso, siente que no está solo, que de una manera misteriosa alguien está allí, que de buscador se convierte en buscado...”.¹⁴ Dios, ¡siempre sorprende!, sólo se trata de Dios...

3.3 la creación como vaciamiento de Dios

Simone Weil, al abordar este tema, lo hace desde una perspectiva innovadora; así como Hans Urs Von Balthasar¹⁵, habla de la Encarnación como un acto de *expropiación de Dios*, ella, planteará la *descreación* como hacer que lo creado pase a lo *increado*.

Dios, dice Simone, se ama a sí mismo a través nuestro; así, él, que nos da el ser, ama en nosotros el consentimiento para no ser; mendiga perpetuamente la existencia que nos da. Según la filósofa (inspirada en Platón), la creación no es fruto de la potencia divina –como sería el caso de Spinoza- sino de la abdicación divina. Dios pudiendo ser Todo, renunció, sin embargo, a serlo, para que el ser humano y el mundo pudieran existir independientemente de él.

Todos los males a los cuales el hombre se ve expuesto, todo eso es el amor divino; es Dios quien por amor se retira de nosotros con el fin de que podamos amarle. Es una necesidad, puesta como una pantalla entre Dios y nosotros, para que podamos ser. Hay una fuerza *deífuga*.

Si no, todo sería Dios. Dios renuncia – en cierto sentido – a ser todo. Nosotros debemos renunciar a ser algo; en Simone, no se posee más que aquello a lo que se renuncia. Ante la comprensión de que no se es nada, todos los esfuerzos es convertirse en nada.

Hay una realidad fuera del mundo, que corresponde a la indigencia de los hombres y sólo a

¹⁴ Valentié, María Eugenia, *El sentido de la vida*, La GACETA Literaria, Tucumán, 07/10/2007.

¹⁵ Balthasar, Hans Urs Von, *Gloria- una estética teológica*, Tomo VII. Nuevo Testamento, Encuentro Ediciones, 1989, Madrid, págs. 253/254.

través suyo accede al mundo; el ser humano es, pues, el lugar de *lo trascendente* aunque sólo en la forma de la *espera (attente)*; esencialmente constituidos por la unión de la sensibilidad y la exigencia de bien, por la necesidad de lo que no está, los hombres vienen a ser ese espacio sagrado, el lugar de lo impersonal en que el contacto con el bien se da sólo como ausencia.

La actitud que conviene a la esencial precariedad de la condición humana, es *la espera*, es una suerte de *silencio de la inteligencia*.

La necesidad es la barrera y el puente de la gracia, en la renuncia, en el retiro, está la mediación.

Dios se retira del mundo, renuncia a que todo sea él mismo; nosotros, falsos dioses, debemos rechazar el ser como algo que nos es propio, puesto que en el reconocimiento de la nada que somos, radica la plenitud del ser. La creación divina requiere una des-creación por nuestra parte, en este sentido somos co-creadores, puesto que sólo vaciándonos de energía natural, la creación puede reconciliarse consigo misma, haciendo efectiva la mediación. Simone Weil lo resume así:

“Ser nada para ocupar en el todo el verdadero lugar de uno”.¹⁶

Pareciera transitar por el *Nirvana*, porque no es solamente muerte del *yo*, sino se es nada. Que lo que en nosotros es bajo vaya hacia abajo con el fin de que lo alto pueda ir hacia arriba.

Restablecer el orden es deshacer dentro de nosotros la criatura. Inversión de lo objetivo y de lo subjetivo; inversión de lo positivo y de lo negativo. Ése es también el sentido de las Upanishad. No desear la desaparición de ninguna de las propias miserias, sino la gracia que las transfigura; que los sufrimientos físicos sean padecidos de una manera completamente pasiva como testimonio del conocimiento de la miseria humana, es la puerta del conocimiento de sabiduría.

Toca en esto, la vía purgativa en su expresión más acabada, la aceptación de la purificación no buscada ni querida. Para que el amor de Dios penetre hasta tan abajo, es preciso que la naturaleza haya padecido una última violencia, la de la cruz. No hay más que dos instantes de desnudez y de pureza perfectas en la vida humana: el nacimiento y la muerte, ésta es indispensable para el acceso a la eternidad.

Simone avanza en su idea sobre la presencia de Dios, señalando que hay una primera presencia en la creación, y una segunda de *des-creación*, citando a san Agustín cuando dice: “El que te creó sin ti, no te salvará sin ti”, idea volcada en diversas obras del Hiponense.¹⁷

Concibe la creación como un ocultamiento de Dios, de otro modo sólo él existiría. Nuevamente, habla de la santidad que debe ocultarse, incluso a la consciencia. Hacerlo dentro del mundo, pues, la apariencias se adhiere al ser, y únicamente el dolor puede arrancar al uno de la otra.

Quien tiene el ser no puede tener la apariencias; el paso del tiempo arranca violentamente al parecer del ser y al ser del parecer.

4 - El camino del descenso y muerte del yo

4.1 - la desdicha, camino de comunión

La cruz, camino obligado para el descenso y muerte del yo, es palpable en Simone, mucho antes

¹⁶ Weil, Simone, *La gravedad y la gracia*, Editorial Trotta, Madrid, 1994, pág. 84.

¹⁷ Agustín de Hipona, *Acerca del alma y de su origen*, I, 17,27; *Acerca del libre albedrío*, II, 1, 2; *Confesiones*, 5, 20, 31.

de su conversión. El Crucificado, que se muestra en sus escritos más tardíos, literalmente la *tomó* para sí en el tiempo de su juventud, traducida en la compasión ardiente y radical que la llevó a tomar el lugar de los infelices, sufrir sus sufrimientos y compartir la violencia de la injusticia de que eran víctimas, como único camino de redención.

El Espíritu de Dios la llevó a intuir, aún sin darle nombre, el camino que tomó el Hijo de Dios. Tras su conversión, esa compasión por el sufrimiento ajeno no disminuyó ni la abandonó, por el contrario, se hizo más presente y agudo. Dice el P. Joseph Marie Perrin OP., acerca de Simone:

“para quien ama verdaderamente, la compasión es un tormento”

Tormento que fue camino de comunión con los otros u otras, hasta el momento de su muerte. Desciende con Cristo, hasta experimentar su faz crucificada; ya no podrá dissociar la persona de Jesucristo de su Pasión. En la cruz está la prueba de la divinidad de Jesús, de la Encarnación de Dios, no así la resurrección. Lo declara en una carta al padre Coutarei cuando expresa:

“...la cruz apenas me basta. La prueba para mí, lo verdaderamente milagroso, la perfecta belleza de los relatos de la Pasión...y lo de san Pablo: “...Él se vació...él se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz...es lo que me lleva a creer” (LR., pp.62-63); su exaltación de la Pasión de Cristo es una clara profesión de fe no violenta.

Traigo el texto del dominico inglés Herbert Mc Cabe en un retiro de Viernes Santo; que decía:

“la obediencia de Jesús a su Padre, consiste en ser cabal, completamente humano...Hemos hecho un mundo en el cual no hay manera alguna de ser en verdad humano que no implique sufrimiento...no fue Adán sino Jesús, el primer ser humano, el primer miembro de la raza humana en quien la humanidad llegó a su plenitud, el primer ser humano para quien vivir fue sencillamente amar, porque para esto son los seres humanos. Reconocemos, así sea oscuramente, que somos de la clase de ser que encuentra su plenitud, su felicidad y su florecimiento únicamente al darse, yendo más allá de sí. Necesitamos perder nuestro yo en el amor...”.

Simone se inscribe en esta corriente, necesitó perder su yo en el amor compasivo con los que sufrían desdichas. Salto místico que tiene como frutos maduros la paz y la justicia. Muere el *yo*, en la capacidad y el deseo de una muerte solidaria; el hambre le permite arribar a la imagen del *cuerpo transfigurado*¹⁸

“Conocer verdaderamente al infeliz implica conocer verdaderamente la desgracia”, dice Simone; este conocimiento no es un conocimiento de morbosa curiosidad, sino en la compasión y solidaridad vividas en Cristo, hasta perderse en el otro, en el que vive la desgracia, en perder la identidad, hasta *transferirse* por entero al otro. Es *comunión*, con la carne sufriente, con el alma trasvasada de dolor, con la persona cosificada, vaciada por una fuerza externa y violenta, necesitada de reconstrucción.

Es diferente al calor humano, al impulso del corazón, a la piedad; es el amor al prójimo desde la imitación de Cristo, es el amor practicado por Francisco de Asís, a quien Simone admiraba por la pureza de sus actos...es casi un milagro, parece un imposible; sin embargo, lo imposible para los hombres es posible para Dios. Fue posible en Jesucristo. Y aún hoy es posible para todos los que viven de su Espíritu, vaciados de sí. Es la carga cristiana de la donación, pues, es bilateral, dado que quien da al desdichado, puede ver en él al propio Cristo, así como Cristo

¹⁸ En “*Tres poetas norteamericanos: Whitman, Dickinson, Williams*”, Ed. Norma, Bogotá 1991.

perdió su divinidad por amor, el desdichado perdió su humanidad. Los que trasladan su propio ser al desdichado que socorren, no ponen en él su ser, pues, ya no tienen ninguno, a no ser el propio Cristo. Es el salto místico, desde lo social se han elevado haciendo del espacio del *saeculum*, el trampolín al Dios Vivo, en una experiencia única e intransferible.

4.2 - la atención, la mirada, el silencio y la resistencia

El encuentro con la espiritualidad cristiana le aportó a Simone Weil un nuevo sentido a la experiencia primordial que la había configurado. En toda su trayectoria hacia la muerte del propio yo, que pasa por la compasión cada vez más profunda hacia el otro que sufre y en quien el propio Cristo se hace presente, proyecta en su voluntad humana, un vuelco hacia el Dios desarmado, que brilla en su propia impotencia.

“Llega un día en que el alma pertenece a Dios, en que no solamente da su consentimiento al Amor, sino que, de forma verdadera y efectiva, ama...El alma no ama como una criatura, con amor creado. El amor que hay en ella es divino, increado, pues es el amor de Dios hacia Dios que pasa por ella. Sólo Dios es capaz de amar a Dios. Lo único que nosotros podemos hacer es renunciar a nuestros sentimientos propios para dejar paso a ese amor en nuestra alma. Esto significa negarse a sí mismo. Sólo para este consentimiento hemos sido creados”.¹⁹

La *atención* que el P. Perrin le había pedido a Simone, como ella la recuerda, al comienzo de su amistad, encerró un mensaje que le llegó al fondo de sí misma y la marcó de por vida:

“Atienda mucho, porque si por su culpa pasa de largo ante algo muy grande, sería una lástima”.²⁰

Ejercer la *atención*, *attente*, que, en términos de nuestra autora, abre el espacio para recibir los fragmentos de verdad que se nos dan en las cosas de este mundo, es una tarea que atañe tanto a nuestras facultades cognoscitivas, como a la esperanza en el advenimiento de lo verdadero que se nos ofrece, de igual modo que el amor, como una orientación y no como un estado o una posesión. Simone es la atenta sin prejuicios, por eso explora y alcanza la mística:

“La mística es el paso más allá de la esfera donde el bien y el mal se oponen, por la unión del alma con el bien absoluto”.²¹

Presenta una capacidad innegable de *mirar la vida* conscientemente, permanecer inmóvil en las tinieblas absolutas, sin apartar la mirada, sin dejar de escuchar, inmovible ante los golpes, gritando su deseo cuando el deseo es demasiado intenso. La única traición es poner en duda que Dios es lo único que merece ser amado. Eso es apartar la mirada, pues, el amor es la mirada del alma.

Tuvo una mirada crítica tanto sobre el judaísmo, de la cual era parte por sus orígenes, como del cristianismo, su religión adoptiva. En el primero, algunos comentaristas aluden a su ignorancia de la realidad y de la espiritualidad judías, que provenía de su misma familia. A pesar de la gran influencia que ejerce sobre ella su maestro Alain, no llegó a reconciliarla con el Dios de gloria y de poder del Antiguo Testamento. No deja de impresionarnos tal actitud y pensamiento, en una mente privilegiada y un alma tan auténticamente religiosa. Es la conclusión más real, de que la experiencia religiosa no puede resolverse sólo a nivel de la razón. Si no pasa por el corazón y las entrañas, la religión no puede echar raíces profundas en

¹⁹ Weil, Simone, *Escritos Esenciales*, Editorial Sal Terrae, 1995, pág. 67.

²⁰ Weil, Simone, *Espera de Dios*, Autobiografía espiritual, pág. 38.

²¹ Fiori, Gabriella, *Simone Weil- Una mujer absoluta*, Adriana Hidalgo Editora, 2006, Buenos Aires, pág. 10.

el corazón humano. Tal es el caso de nuestra Simone, proveniente de una familia agnóstica y sin raíces religiosas en su propio pueblo. Este hecho determina un desconocimiento profundo del nivel religioso del judaísmo, y una evaluación negativa en términos sociológicos y filosóficos, en razón del concepto de pueblo elegido, de un dios omnipotente y guerrero.

Con respecto al cristianismo, Simone agudiza su mirada y critica, entre otras cosas, la actitud de los misioneros cristianos, que tiene como bandera el Evangelio, y sin embargo usan de la fuerza para evangelizar. Según Simone, el uso de la fuerza tiene como consecuencia la sumisión de pueblos enteros a la religión católica. No consigue adherirse a ciertos puntos de la doctrina de la Iglesia, que, según ella, ejerce una violencia sobre la conciencia de las personas.

No obstante, los caminos de Dios son inescrutables, Él la encontró en otra encrucijada, la de los oprimidos y desdichados; allí sí, ella aprendió a *mirar desde abajo*, desde lo pequeño y de lo que no cuenta, aprendió con los crucificados de la historia y optó por ingresar con ellos. Es también la cruz, la que le permitió *mirar de verdad* a Dios y medir la distancia que la separaba de Él, expresando:

“Para que sintamos la distancia entre nosotros y Dios, es preciso que Dios sea un esclavo crucificado, pues nosotros no sentimos la distancia sino hacia abajo. Es mucho más fácil imaginarse en el lugar de Dios creador que en el lugar de Cristo crucificado”.²²

Una vez más, el *silencio* de Dios hizo eco en el corazón de Simone; pues, ya Plutarco decía:

“aprendemos el silencio de los dioses y el hablar de los hombres”; pero, el auténtico silencio y la palabra verdadera no se pueden separar. Simone, habló desde lo profundo, pues su experiencia mística fue paradójica, la vivió en comunión con la desdicha de los otros y otras.

“Nada hay más visible que los pensamientos recónditos de un corazón amoroso”, dice un proverbio chino. En la filósofa creyente se dio a luz, no sólo los pensamientos recónditos de un corazón puro, sino la pureza de la verdad que amaba y defendía como modo de *resistencia* ante la mentira de los poderosos. La determinación de resistir fue plasmada mediante sus escritos, donde se pone de relieve una percepción histórica diferente; son escritos guiados por una persistente fe en el valor ético del ideal humanista. Es una intelectual capaz de usar la introspección como forma de resistir.

Así, llega hasta el momento final de su vida, *resistiendo hasta el límite*; ayunando por los que sufrían hambre en la guerra; incomprendida por sus compañeros de lucha, opta por el *silencio* a ejemplo del justo de Isaías, ya que *“una especie de convención divina, un pacto de Dios consigo mismo, condena aquí abajo la verdad al silencio”* (CS, pág. 312).

La judía agnóstica, la cristiana por adopción, la extraña mística de nuestros extraños tiempos, que escribió: *“Soledad. ¿Cuál será su valor? (...) Su valor consiste en la posibilidad superior de atención”* (PG, pág.139), muere en soledad la noche del 24 de agosto de 1943.

Lo expresa Emmanuel Gabellieri, al final de su comunicación en el “Coloquio Simone Weil” de Río de Janeiro 2003, cuando escribe:

“Aquí, la metafísica del don se vuelve mística eucarística. Si es verdad que la santidad, así como la filosofía, no culmina en un “saber”, sino en la “caridad que sobrepasa cualquier conocimiento”, la redactora de France Libre, al morir sola en el hospital de Ashford en 1943, realizaba en sí misma lo que había escrito en la clase de Alain más de 15 años antes:

“Todo santo rechazó cualquier felicidad que le separaba de los sufrimientos de los hombres”. ¿Negarse a estar separado del sufrimiento de los hombres y ser eucaristía para los otros no es la mediación por excelencia, la propia mediación realizada por Dios en la figura de Cristo mediador?”

²² Weil. Simone, *A la espera de Dios*, pág. 106.

5 – CONCLUSIÓN

5.1 el concepto de social se encarna en lo místico

Arribamos al final de un camino emprendido con “*temor y temblor*”, como dice Sören Kierkegaard, pero, a la vez, con la certeza de haber confirmado la intuición de que nada queda oculto sino que se devela permanentemente en la comunión con los otros y otras. Allí, en el espacio sagrado del otro, se impone la mirada de Dios y la mirada del *yo*, que vacío de sí mismo se hace oquedad para ser llenado de gracia.

La solidaridad en la humillación y el dolor de los oprimidos no es un acertijo, sino un acto libre, puro, verdadero y bello, aunque se traduzca en la más absoluta soledad y en el más escondido silencio. El 18 de julio de 1943, Simone Weil escribe a sus padres:

“Tengo una especie de certeza interior creciente de que se encuentra en mí un depósito de oro puro, que he de transmitir. Solamente la experiencia y la observación de mis contemporáneos me convencen cada vez más de que no hay nadie capaz de recibirlo. es un bloque macizo. Lo que se añade se une a lo demás, a medida que el bloque crece se hace más compacto, no puedo distribuirlo en pequeños fragmentos”
(*Écrits de Londres et dernières lettres*, Gallimard, París, 1957, p. 254)

Al comenzar dije que lo socio político es una mina de piedras preciosas, con vetas inagotables, Simone lo confirmó con una vida entregada a la causa de lo socio político, transida de pasión y de amor por la verdad y la justicia. Fue capaz de atravesarla, desde lo más puro que ello entraña, el amor por los oprimidos y humillados, hasta dar la vida por ellos. Es un salto místico, sólo acabado cuando se vacía el *yo*, para ser llenado por la gracia de Dios.

5.2 el significado del transitar en la vida de Simone Weil

Simone Weil, aflora con su más prístina concepción en la filosofía que encarnó: “*Este mundo es la puerta cerrada. Es una barrera y, al mismo tiempo, es también el paso*”.²³

Es éste texto, lo que me ha permitido develar el pensamiento de una mujer contemporánea, en su capacidad de *ser* más allá del *hacer*. Me adentré en su pensamiento, que tanto bien me ha suscitado en el tiempo de su conocimiento. Ella ha sido *el paso* de acceso a una filosofía que tenía como materia pendiente, y a una mística que anhelaba encontrar fuera de los cánones establecidos. Como dice Simone:

“*De hecho los místicos de casi todas las tradiciones religiosas se acercan casi hasta la identidad. Ellos constituyen la verdad de cada una*”.²⁴

La vida y obra de Simone, abrió mi corazón a su enseñanza y aprendí la capacidad de *ver*, más allá de todo lo que acontece y encontrar en el vacío que podemos hacer, la inconmensurable gratuidad de Dios que desciende con su energía, transformada en Gracia. Simone, compañera de camino como mujer del siglo XX, despertó la necesidad de seguir apostando por un mundo, donde la diferencia de género no sea óbice para garantizar la verdad, la belleza, el bien, que podamos transmitir.

Una judía agnóstica, se convierte para mí, en maestra de mística cristiana; una cristiana por adopción que descendió con desmesura, desde un vacío total, desde su nada, para ser llenada por Dios; no puede ser menos que “*amiga*”.

²³ Weil, Simone, *Cahiers*, vol. III p.121.

²⁴ Weil, Simone, *Carta a un Religioso*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1954, pág. 35.

BIBLIOGRAFÍA

▪ Obras de Simone Weil

- *Ensayos sobre la Condición Obrera*, Barcelona, Ediciones Nova Terra, 1962
- *Raíces del Existir*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1954
- *Escritos Esenciales “Introducción y edición de Eric O. Springsted”*, Santander, Editorial Sal Terrae, 2000
- *La Gravedad y la Gracia*, Madrid, Editorial Trotta, S. A., 1994
- *Pensamientos Desordenados*, Madrid, Editorial Trotta, S. A. 1995
- *Poemas- Venecia salvada*, Madrid, editorial Trotta, S. A., 2006
- *Escritos históricos y políticos*, Madrid, Editorial Trotta, S. A., 2007
- *Intuiciones Pre- cristianas*, Madrid, Editorial Trotta, S. A., 2004
- *Espera de Dios*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1954
- *Carta a un Religioso*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1954

▪ Obras de otros autores

- Lucchetti Bingemer María Clara, *La fuerza y la debilidad del amor*, Navarra, Editorial Verbo Divino, 2009
- Fiori, Gabriella, *Simone Weil, una mujer absoluta*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2006
- Brenner, Feldhay Rachel, *Resistencia ante el Holocausto, Edith Stein, Simone Weil, Ana Frank y Etty Hillesum*, Madrid, Narcea, S. A. Ediciones, 2005
- Panikkar, Raimon, *De la Mística- Experiencia Plena de la Vida*, Barcelona, Herder Editorial, S. L., 2007
- San Juan de la Cruz, *Subida al Monte Carmelo*, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 1965
- *La Biblia*, Navarra, Editorial Verbo Divino, España, 1989

▪ Revistas

- A Parte Rei 53, Revista de Filosofía, Rueda, Rafael Ameia, *Simone Weil, la mística del Vacío*, setiembre 2007
- Universidad Autónoma de Madrid, Fernández, Muñoz Adela, *El carácter sagrado del otro, Reflexiones a partir de Simone Weil*

▪ Artículos

- “*El hambre en Simone Weil o el cuerpo transfigurado*”, Flavia Dezzutto, Licencia en Filosofía UNR (Universidad Nacional de Rosario), UNC, UNCR, CIEHUM- UNR, UCALP (Sede Rosario), Argentina, 2008
- “*El catarismo medieval en el pensamiento de Simone Weil*”, Flavia Dezzutto, Licencia en Filosofía, UNR (Universidad Nacional de Rosario), Argentina, 2008
- “*El sentido de la Vida*”, Valentié, María Eugenia, La Gaceta Literaria, Tucumán, 2007

